

Espezúa Salmón, Dorian

*Todas las sangres en debate: científicos sociales versus críticos literarios.*

Lima, Magreb, 2011; 356 p.

La reciente publicación de Dorian Espezúa debe ser considerada necesaria para una mejor comprensión de la obra de José María Arguedas (1911-1969), en el contexto del debate actual sobre el autor y su legado. El riguroso trabajo de Espezúa es un importante aporte para el estudio de la literatura peruana y en el panorama más amplio da cuenta de aspectos centrales de la cultura peruana del siglo XX. Concebido como una “crónica” del encuentro que congregó a científicos sociales y críticos literarios para debatir sobre la novela *Todas las sangres* (1964) de JMA en las instalaciones del Instituto de Estudios Peruanos el 23 de junio de 1965, el libro está organizado en seis capítulos que ponen sobre el mesa las múltiples maneras de leer a Arguedas (capítulo primero), la relación entre (re)presentación, ficcionalidad y mundos posibles en *Todas las sangres* (capítulo segundo) y los pre-textos que motivan el debate sobre dicha novela (capítulo tercero) para, a partir de allí, sacar a relucir la estructura y las líneas argumentales que orientaron el debate (capítulo cuarto) y explorar las refutaciones que se opusieron contra las observaciones que recibió *Todas las sangres* (y, por tanto, su autor) (capítulo quinto), para terminar con una indagación sobre el estatuto ficcional del indigenismo arguediano en la novela que motiva el libro en reseña. Además de su labor intensa labor como catedrático, Espezúa realiza una constante producción y publicación. El autor ha publicado anteriormente *Entre lo real y lo imaginario: una lectura lacaniana del discurso indigenista* (Lima: UNFV, 2000).

Decimos que el libro de Dorian Espezúa es preciso porque hace bastante

rato que se echaba de menos una revisión y síntesis no solo del debate sino también de los puntos de vista que estaban implicados. Lejos de contentarse con el recuento, el autor va más allá y realiza un balance crítico de los alcances y los límites de lo que aporta cada interlocutor: Alberto Escobar, José Miguel Oviedo y Sebastián Salazar Bondy, por el lado de los críticos literarios, así como Henri Favre, Jorge Bravo Bresani, José Matos Mar y Aníbal Quijano, por el lado de los científicos sociales, a más del propio José María Arguedas, en una situación por demás ambigua e incómoda en tanto creador y científico social (antropólogo).

Naturalmente, cualquier novela admite múltiples lecturas y más aún una novela tan ambiciosa como *Todas las sangres*. Por eso Espezúa empieza situando los términos referenciales del debate: ¿se trata de una ficción o de un documento sociológico?, ¿qué argumentos se debe proporcionar para justificarla como ficción o como documento sociológico?, ¿sirve la ficción para el acercamiento a la realidad? El autor tiene en claro que “*Todas las sangres* es una novela y no un testimonio o un documentos autobiográfico, sociológico o antropológico” (24). Sin embargo, reconoce que “estamos frente a una novela que testimonia y que puede ser usada como fuente de información sociológica o antropológica, pero que no debe ser evaluada como si fuera testimonio o documento sociológico o antropológico”.

La propuesta de lectura de Espezúa retoma “el intento fallido de construir una comunidad inter-multi-transdisciplinaria que vincule a científicos con críticos literarios y escritores”. La mesa redonda

del IEP (1965) se inscribe en el contexto de las “mesas redondas de los años sesenta sobre literatura y sociología que derivaron en malos entendidos, separaciones indeseables y especializaciones limitantes”. En base a lo dicho, el autor plantea las siguientes interrogantes: “¿Por qué se produjo el (des)encuentro y el (des)acuerdo? ¿Por qué hasta hoy los vínculos entre estos dos campos siguen siendo ocasionales y débiles?”.

Con acierto, el autor propone que las novelas de Arguedas reclaman un diálogo permanente con su referencias extratextuales (45). El conocimiento de teoría literaria, semiótica, psicoanálisis o narratología deberán complementarse con la historia, antropología o sociología. Sin embargo, considera imprescindible aquello que corresponde a lo específicamente literario: “Las lecturas desde el punto de vista literario –afirma– dan luces sobre aspectos intratextuales”.

TLS es una novela y como tal deberá ser estudiada por los estudios literarios. “Desde el punto de vista del campo literario, las ciencias sociales actuarán como disciplinas auxiliares o complementarias” (47). Espezúa enfatiza que, idealmente, las diversas disciplinas contribuirían a enriquecer las lecturas de los múltiples sentidos en TLS. Pero el autor estudia el debate sobre TLS desde el *topos* literario. En este contexto, indaga sobre “el problema de la posibilidad o no de (re)presentar en una novela la realidad peruana” (48). Analiza, en ese sentido, la relación novela-referente, el estatuto ficcional de las novelas, la identificación posible o imposible del mundo de la realidad con el de la ficción, así como la mentira-verdad en las ficciones, entre otras consideraciones centrales para la lectura del debate en cuestión y del universo arguediano. Para tales fines y para enriquecer la lectura de

dicho universo, Espezúa analiza y aplica postulados de autores tan diversos como Jean-Marie Schaeffer, Esteban Torre, Thomas Pavel, Benjamín Harshaw, Antonio Cornejo Polar, Félix Martínez Bonati, Susana Reisz y varios más.

Las novelas de Arguedas, para Espezúa, “se sitúan en el pliegue que separa lo real y lo ficcional. La ficcionalidad y la fantasía seleccionan fragmentos dispersos de lo existente para luego componer una unidad nueva” (65). Acertadamente añade que “la (re)producción, entendimiento e interpretación de un mundo ficcional está condicionada por normas interpretativas que se ubican en el mundo real y concreto”. En este marco, el autor busca enfrentar “el problema” de la existencia (o no) de un mundo real que permite modelar “un mundo posible” al margen de las infinitas percepciones que tengamos de dicho mundo (66). El autor transita por consideraciones importantes con respecto al realismo literario. Deja establecido que las novelas de Arguedas son realistas y pertenecen a un tipo de ficción que se ubica lo más cerca posible de lo real (67). La verosimilitud, la ficcionalidad, la virtualidad, la realidad, la facticidad, los mundos posibles, los mundos narrativos, el referente serán desarrollados por el autor con solvencia y rigor. Tan es así que puede afirmar que “TLS es una novela que guarda estrecha relación con el campo de referencia externo que sirve como referente para construir el campo de referencia interno” (91). Porque, asimismo, la ficcionalidad debe ser considerada como “un elemento conectado con lo real y no un elemento desvinculado de lo real de manera autónoma”. Espezúa advierte sobre las generalizaciones relacionadas con los mundos posibles puesto que “existen varias clasificaciones que nos permiten precisar con el mayor rigor posible el tipo

de mundo (re)presentado en un texto de manera que se justifica uno de los objetivos” de su investigación, a saber: “precisar el estatuto ficcional de TLS”.

El presente texto pone las bases para una “nueva lectura” del debate en torno a TLS del 23 de junio de 1965 en el IEP. Para dicho fin abordará los pre-textos que motivan el debate sobre dicha novela, los textos que enmarcaron al debate y los que guardan alguna relación relevante con éste. Tal es el caso de *La tierra prometida* (1958), la novela de Luis Felipe Angell de Lama (Sofocleto) que generó un debate periodístico entre Arguedas, Luis Jaime Cisneros, Mario Castro Arenas y Julio Ramón Ribeyro. En este debate se puso en juego lo literario, las ciencias sociales, el testimonio, la ciudad de Lima y el fenómeno de las barriadas. Asimismo, Espezuía revisa reseñas y comentarios seguidas a la publicación a TLS (1964) y que fueran efectuadas por el propio Arguedas, Augusto Tamayo Vargas, José Miguel Oviedo, Alberto Escobar y Tomás Escajadillo, entre otros.

En esta misma línea, Espezuía aborda en detalle la Primera Mesa Redonda sobre Literatura Peruana y Sociología (PMRSLPS) del 26 de mayo de 1965 y que contó con la participación de Bravo Bresani, Escobar, Solari Swayne, Oviedo, Vargas Llosa, Salazar Bondy y Matos Mar. Espezuía saca algunas conclusiones interesantes de dicho encuentro. En primer lugar, que existe un acuerdo sobre la necesidad de un “trabajo inter-multidisciplinario entre científicos sociales y creadores para comprender e interpretar mejor la realidad peruana” (119). En segundo lugar, que se busca sentar las bases para un diálogo interdisciplinario que implica un código, una lengua, una terminología y un vocabulario que puedan ser manejados por científicos sociales y críticos literarios. Por último, que

es notoria “la creencia (de los científicos sociales) en la superioridad del método propio de las ciencias sociales para interpretar y comprender la realidad peruana”.

Espezuía también se ocupa del Primer Encuentro de Narradores Peruanos (PENP) realizado entre el 14 y el 17 de junio de 1965 en la Casa de la Cultura de Arequipa, al que acudieron Alegría, Reynoso, Salazar Bondy, Zavaleta, Oviedo, Cornejo Polar, Portocarrero, Escobar, Escajadillo y Ballón, entre otros. En dicho encuentro se trató sobre la relación novelista-realidad, las técnicas narrativas y el proceso de la novela peruana, entre otros temas. Según el autor, dicho encuentro pone en evidencia “la falta de legitimidad de la crítica peruana” que opina sin fundamento, desde un “centralismo criollo miope, sobre una cultura y un sistema literario ajeno” (129). En ese sentido, “el debate pone también en tela de juicio la crisis de (re)representación de los críticos y académicos en una sociedad multiétnica pluricultural y multi-lingüe como la peruana”.

Las lecturas posteriores del debate sobre TLS, recogidas y analizadas por Espezuía, incluyen, además del propio Arguedas, a Quijano, Oviedo, Salazar Bondy, Gutiérrez, Montoya, Oquendo, Píñilla, Vargas Llosa, González Vigil, Moore y Rowe, entre otros. Estas lecturas dan cuenta del complejo panorama de la realidad peruana, los prejuicios sobre ésta y su desconocimiento. Asimismo, dan cuenta de los críticos literarios y los científicos sociales como grupos no orgánicos de la intelectualidad peruana.

Así, pues, *Todas las sangres* (1964) fue el pretexto para el debate realizado el 23 de junio de 1965 en el IEP. Ya mencionamos que Espezuía establece la estructura y recoge las líneas argumentales de los críticos literarios y los científicos sociales: Escobar, Oviedo, Salazar Bondy, Fa-

vre, Bravo Bresani, Matos Mar, Quijano y Arguedas. Define y analiza, además, los términos teóricos y prácticos de lo que se entiende por comunicación, debate, conversación, diálogo y las relaciones de todos estos conceptos con la lengua, el lenguaje, el habla, la semiótica, etc. Todo esto con el propósito de abordar “el debate” propiamente dicho sobre TLS. Como resultado de un ambicioso recorrido por los universos del “debate” y, específicamente, del debate del IEP, el autor aporta interesantes conclusiones. En primer lugar, que los participantes del debate reconocen implícitamente que TLS es “una buena novela desde el punto de vista literario” (255). A este reconocimiento implícito hay que añadirle, en seguida, y en términos generales, “la ausencia de crítica literaria en el debate, en el que más bien hubo un predominio del horizonte de expectativas de las ciencias sociales respecto de la lectura de TLS” (256). En tercer lugar, el autor sostiene que los participantes se esforzaron por “interpretar la novela cotejando el campo de referencia interno con el campo de referencia externo”. Sin embargo, quienes hicieron lecturas sociológicas trataron de encontrar la correspondencia analógica entre los dos campos de referencia, mientras quienes hicieron lecturas literarias (básicamente Escobar y Arguedas) encontraron similitudes y aproximaciones entre los dos campos de referencia. En cuarto lugar, constata “lo erróneo que resulta opinar sobre una novela sin tener la competencia para ello”. Asimismo, resalta la importancia de establecer la especificidad y las diferencias entre novela, testimonio y autobiografía. En quinto lugar, comprueba la falta de un lenguaje común que haga posible un diálogo entre científicos sociales y críticos literarios para “evitar la confusión terminológica y los malos en-

tendidos, tal y como ocurrió en el debate sobre TLS”. Finalmente, “se hicieron evidentes dos formas de conocer y entender la realidad” y, por consiguiente, TLS: una “científica” (racional, académica, profesional) y otra “acientífica” (basada en las vivencias y la intuición).

Espezúa desarrolla las “refutaciones a las observaciones” (257) que se hicieron a TLS en el debate del IEP. Da cuenta de los intentos fallidos para entablar un diálogo inter-multidisciplinario sobre temas de interés común para científicos sociales y para críticos literarios (301). Afirma que estos diálogos se frustraron a consecuencia de “la carencia de un lenguaje común” entre ambos campos de conocimiento y modos de abordar la realidad. Los participantes del debate tenían prejuicios académicos, diferentes “marcos de referencia” y no establecieron acuerdos explícitos. El debate sobre TLS, en ese sentido, de cuenta de la pobreza de crítica literaria, con vacíos que impidieron abordar la novela con “propiedad”. Por su parte, los científicos sociales se autorizaron (con supuesta competencia y autoridad) para emitir opiniones sobre un texto literario (una novela) como si ésta fuese básicamente un documento sociológico, “sin considerar sus limitaciones para opinar sobre una novela desde el campo de los estudios literarios” (302). En tanto se evalúa la novela como un documento que “debía reflejar fielmente la realidad peruana”, el autor considera que no debería extrañarnos que se haya concluido “que la novela no servía como documento sociológico ni como testimonio válido de la realidad peruana” (303). Espezúa rastrea el presupuesto (en el debate) de que “la ficción se opone radicalmente a la realidad”.

Acertadamente (para Espezúa), TLS no es un “texto híbrido o fronterizo entre lo ficcional y no ficcional” (307). Conside-

ra que TLS debe leerse como novela. La novelística de Arguedas es de corte realista en tanto Arguedas busca “mostrar el mundo andino que conoce para corregir la visión (re)presentada por otros narradores que, antes de él, habían hablado del mundo andino” (309). Ahora bien, según Espezúa, estamos frente a un realismo especial, “frente a un realismo mágico que mezcla elementos verosímiles reales y verosímiles culturales”. En las novelas de Arguedas “no hay hechos que deban ser verificados” (310). A efectos de hacer un juicio crítico de las novelas de Arguedas es necesario, entonces, conocer el “contexto socio-histórico que les da origen” (316). Es necesario articular la “serie literaria con la serie social, porque los referentes externos son convocados y naturalizados por el texto”. En las novelas arguedianas, además, “lo verdadero no puede definirse en el territorio de lo sucedido histórico, puesto que no se puede probar ello, sino en el juego de la credibilidad que se establece a partir de la confrontación de los dos campos de referencia”. Así pues, “estamos hablando

de un estatuto especial de verdad que no debe ser entendido como evidenciación de los hechos sino como correspondencia del discurso con su referente”.

Los interlocutores del debate manejan distintos “marcos de referencia” (318). De modo que Dorian Espezúa confirma que “un texto no puede ser comprendido al margen del contexto que lo determina y que le da origen” (319). En ese sentido, el gran mérito del libro es que consigue hacer dialogar, cuarenta años después, a un grupo de intelectuales de renombre que, no obstante, no consiguieron dialogar de verdad en su momento. El esfuerzo hermenéutico del autor nos muestra con la claridad lo que el tiempo ha decantado y alimenta, sin duda, un debate que sigue siendo actual tanto para comprender la propuesta literaria y cívica (política) de Arguedas y, más aún, del Perú que queremos forjar. Esta sola razón es suficiente para sentirnos convencidos de que el libro de Dorian Espezúa es un libro cuya lectura es altamente recomendable (*Miguel Vargas Yábar*).